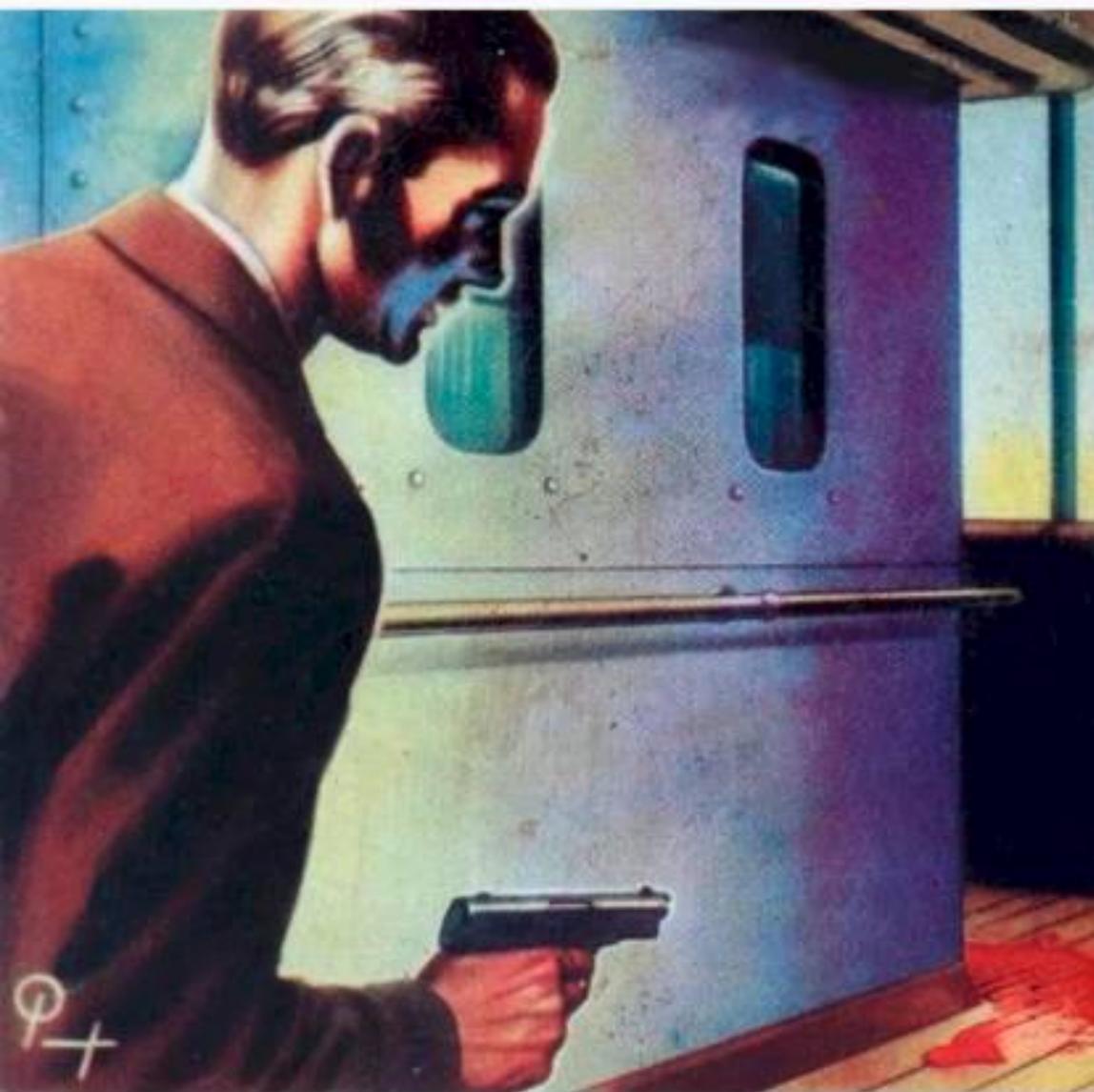


La Figura de Ebano

4

VAN WYCK MASON



COLECCION

Rastros

Emocionante historia de aventuras en la que un operativo federal resuelve el misterio del interés asesino en una flota de antiguos buques de línea alemanes, bajo la custodia de la United States Shipping Board, amarrados en la Bahía de Chesapeake desde la guerra. Algo extraño está sucediendo a bordo de estos barcos; algo tan extraño y terrible que hace difícil encontrar hombres, lo suficientemente audaces, para realizar el trabajo de vigilantes. Fórmula secreta y joyas en la base del problema.

LA FIGURA DE ÉBANO

F. Van Vyck Mason

CAPÍTULO I

La que fuera una de esas admirables, cristalinas mañanas de otoño que hacen de la costa de Maryland un paraíso multicolor, había degenerado en un atardecer desapacible y frío, con espesas y compactas masas de niebla que se extendían sobre el Chesapeake. Las primeras capas grises se insinuaban como avanzadas de tristeza en las tortuosas y estrechas calles de Patuxtown cuando las gruesas botas pardas de Genoveva Benet pisaron el borde de la acera.

En pocos minutos más, pensaba la muchacha, comenzará el gemido triste y deprimente de la sirena de niebla de la isla Salomón. ¡Qué impresión penosa le producía siempre esa monótona queja! Su boca pequeña y firme se contrajo cuando a su lado pasó un camión cargado de ostras para Baltimore. ¡Cómo odiaba a ese pueblo desparramado sobre la costa de la bahía, con su insignificancia, su fealdad y su eterno vaho de mugre, de pescado y de ostras podridas!...

Al acercarse al terraplén que une a Patuxtown con la isla, se detuvo a corta distancia del primero de una serie de depósitos.

Estaba observando con extraña curiosidad la presencia de un número de hombres y muchachos, mayor que el acostumbrado, en el extremo de un muelle que se internaba en las aguas cristalinas del Patuxent, cuando una voz ronca llegó a sus oídos:

—¿Otra vez por aquí, damisela?... No se haga ilusiones, porque ahora no conseguiré llevar a ninguno de nosotros a

esos viejos buques malditos...

Un significativo silencio siguió a esas palabras, y todos se miraron mientras Genoveva Benet se detenía y fijaba desdeñosamente sus ojos en el personaje que había hablado, un individuo corpulento y tosco, cuya cara sin afeitar tenía el color oscuro de una vieja montura. Su andar, al adelantarse hacia la muchacha, era tambaleante, pero, sin embargo, su mirada tenía firmeza y decisión cuando añadió:

—¿No han asesinado a nadie esta semana en alguno de esos inmundos barcos suyos?...

Mortalmente pálida, a excepción de dos manchas de carmín en sus mejillas, Genoveva Benet irguió su delgada silueta y se encaró resueltamente con el grupo amenazante y torvo:

—Supongo que no harán ustedes caso a Tod Ferguson —dijo con voz enérgica—. Está disgustado porque el capitán Benet lo despidió.

El hombretón se acercó más a ella mientras sus labios se entreabrían en una sonrisa que dejaba ver los dientes amarillos.

—¡Sí, me despidió! ¿Y por qué? Porque no quise darle el gusto de bajar a la bodega del «Amerika» para que me dieran la misma dosis de medicina que a los otros...

—¡Bien, Fergie!

—¡Así se habla!

—¡Duro con ella!

Un murmullo de hostilidad se estremeció en el aire, y Genoveva Benet sintió como si por su médula pasase una corriente de agua helada.

—Les ruego que me escuchen —suplicó desesperadamente—. ¿No hay ninguno de ustedes que quiera escucharme?...

—¡Cállese la boca! —gruñó Ferguson—. Nunca hubiera conseguido que nadie fuese a sus barcos, de no haber empleado sonrisitas y falsas promesas. ¡Pero ya no podrá engañar más a los muchachos!

La muchacha se puso roja de ira, y temblando de pies a cabeza, replicó al acusador, con voz entrecortada:

—¡Desgraciadamente soy mujer y no puedo hacerle tragar sus palabras!... ¡Desgraciadamente, también, todos aquí son unos cobardes y nadie será capaz de hacerlo por mí! ¡Pero eso no me impedirá decirle que es usted un canalla!...

Levantó ambas manos y se encaró con el grupo, al que habían ido agregándose algunas personas más, atraídas por las voces:

—¡Una vez más les ruego que me escuchen! ¡Este hombre miente!... El trabajo consiste en...

—¡Cállese, le digo! ¡Cállese, mocosa estúpida! —gritó el iracundo Ferguson—. ¡He jurado que, si puedo impedirlo, ningún habitante de Patuxtown irá jamás a Punta Paciencia!

Se oyó entonces un murmullo opaco, la clase de murmullo que se escucha cuando una multitud está a punto de estallar en violencia.

—¡Que la echen! —gritó alguien, y la incitación halló eco inmediatamente en los espíritus propicios.

—¡Sí, que la echen!

—¡Tirémosla al agua!

—¡Eso es! ¡Hay que darle un baño para que escarmiente!...

Francamente asustada esta vez, Genoveva Benet buscó ansiosamente una cara amiga entre los que formaban el grupo. Pero en vano.

—Siempre ha querido hacernos creer que es superior a nosotros —dijo el individuo desastrado que respondía al nombre de Ferguson—; pero hay que enseñarle que no vale más que ninguno..., y ciertamente menos que ninguna... Lo sé muy bien, porque yo mismo la he visto con ese tipo Mears más de una vez...

—¡Oh!

Estremecida de indignación, la muchacha se adelantó, y ciertamente hubiera golpeado a su implacable torturador si

un nuevo y singular personaje no le hubiese interceptado el paso con tanta celeridad como eficiencia.

—¡Un momento, señores! —intervino la voz incisiva del forastero—. Tengo entendido que estamos en un país libre, de modo que la señorita tiene el derecho de hablar, si quiere hacerlo.

—¡No se meta en lo que no le importa!

—¡Cállese!

—¿Quién es usted para defenderla?

La hostilidad del grupo era evidente.

—¿De dónde ha salido ese tipo? —preguntó uno.

—¿De dónde?... Del petrolero que llegó esta mañana...

Entretanto, Genoveva Benet observaba la recia silueta del hombre, cuyo torso estaba cubierto por una chaqueta de paño de un modelo que le era desconocido. De color gris, tenía charreteras rojas, y también ribeteada de rojo era la gorra, tipo militar, con la que el forastero cubría su cabeza. Genoveva lo tomó del brazo.

—Tienen razón, no se meta —dijo con dramática dignidad—; no les haga frente... Lo matarán.

—¿De veras?

Un par de ojos profundamente azules, que eran a la vez penetrantes y amargos, se fijaron en ella por espacio de un segundo.

—Por usted empezó esto —dijo el forastero con voz cortante—. ¿No tiene agallas para liquidar el asunto? ¿O acaso tienen razón en lo que dicen de usted?

—¡No! ¡Ferguson miente! —replicó la muchacha—. Pero...

—Entonces, déjeme a mí...

Con un ademán impaciente, el forastero la apartó de nuevo, y una vez más enfrentó al acusador.

—¿Va a dejar que la señorita hable? ¿Sí o no?

La respuesta de Ferguson fue un traidor gancho de izquierda a la mandíbula del forastero.

Semienvuelto por la niebla, el grupo parecía de pronto enorme. Los grandes chambergos impermeables, las gorras chatas y los sombreros limitaban todo el horizonte.

—¡Vamos, muchachos! ¡Hagámosles lugar!

Rápidamente los que rodeaban a Ferguson retrocedieron, formando un círculo de bastante amplitud.

—¡Dale su merecido a ese soldadito de hojalata! —gritó alguien—. ¡Que se vaya enterando de quiénes somos!

El corazón de Genoveva Benet latió con mayor violencia si cabe. Mears tenía razón. No debía haber ido a Patuxtown un sábado, cuando todas las embarcaciones pesqueras están en el puerto, al que llevan su cargamento de ostras y de bravucones a quienes el alcohol hace perder toda noción de decencia. ¿Cómo iría a terminar aquello? Simplemente en magullones y huesos rotos, si no en tiros seguidos de significativo silencio. Ferguson —eso lo sabía ella muy bien— era un peleador sin miedo, al que unas copas de más tornaban terrible.

Creyó que en la confusión del momento iba a poder alejarse sin ser vista; pero cuando iba a hacerlo, uno de los más jóvenes del grupo la sujetó de un brazo, señalándole al mismo tiempo el terreno de la pelea. En el centro del espacio libre, Ferguson, imponente en su colosal estatura, estaba quitándose el saco. Todos los espectadores, que apestaban a alcohol, a pescado y a sudor, se apretujaron para poder ver más de cerca.

Listos ya para el combate, los dos oponentes se estudiaron un momento, y por último, el ostrero lanzó una potente derecha a la mandíbula del recién llegado que, por cierto, no era de menor estatura y corpulencia que él. Tomado un poco de sorpresa, el otro trastabilló, pero no llegó a caer. Genoveva pudo observarlo entonces mejor. Tenía los pómulos salientes como los de un indígena, y aunque sin duda alguna era joven, había en su rostro arrugas prematuras y una cicatriz rojiza le cruzaba la mandíbula, desde el labio hasta el extremo de la barbilla.

Genoveva Benet sintió de pronto el deseo inexplicable de saber por qué había llegado aquel hombre a Patuxtown.

—¡Acérquese a pelear, mono amarillo! —rugió el ostrero cuando su antagonista, con habilidad de boxeador, eludió, retrocediendo, un nuevo golpe.

—¡Eso es! ¡Que pelee! —respondieron los demás en coro, y uno de los espectadores dio un empujón al recién llegado haciéndole perder el equilibrio y permitiendo de ese modo que Ferguson lo alcanzara con otro gancho a la mandíbula.

Al oír el ruido seco del golpe, Genoveva Benet sintió un escalofrío y temió que su defensor fuese puesto fuera de combate. Había visto muchas peleas desde que vivía en Patuxtown y conocía la potencia de los puñetazos de Ferguson.

—¡Ya lo tienes, Fergie...! ¡Achátale la cara! —bramó uno de los espectadores.

—¡Dale en los ojos...! ¡Despanzúrralo!

Al ver la expresión que se había dibujado de pronto en el rostro del forastero, Genoveva Benet se sintió desfallecer... Comprendía que esa pelea no podía durar mucho y que algo decisivo iba a ocurrir muy pronto.

Mientras un hilo de sangre manaba de un ángulo de su boca, el forastero del uniforme gris retrocedió, anulando débilmente, pero con eficiencia, los golpes desordenados y furiosos de su enemigo hasta que, con una rapidez tal que la muchacha casi no pudo advertir el movimiento, su puño derecho se proyectó hacia adelante. Enseguida el ostrero retrocedió tambaleándose, alcanzado de lleno por el golpe, en tanto que sus facciones se contraían en un gesto de sorpresa; inexplicablemente, su brazo izquierdo pendía, inútil, junto a su cuerpo.

Como un tigre que retrocede solo para dar un nuevo salto, Ferguson cedió terreno, pero al hacerlo llevó hacia atrás su mano derecha.

—¡Cuidado! —gritó de pronto una voz—. ¡Cuidado, tiene un cuchillo!

El grupo se echó hacia atrás. Los puños eran una cosa, mas el acero es otra. Genoveva Benet sintió como si una mano helada le apretase el corazón.

Inmediatamente, y por efecto de la actitud de Ferguson, el grupo de espectadores se había dividido en dos fracciones antagónicas.

—¡Degüéllalo! —gritaban por un lado.

—¡Termina con él, soldado! —respondían por el otro.

El círculo se iba ensanchando y dejaba en descubierto un amplio espacio tapizado de conchilla. De pronto se oyó un grito, mientras el exsoldado daba un salto para evitar una furiosa cuchillada que erró su yugular por pocos milímetros. Y entonces, rápido como un resorte, el hombre de los ojos azules y las facciones indias se precipitó para lanzar un nuevo golpe de extraña y rapidísima trayectoria que alcanzó limpiamente a su antagonista. Instantáneamente el hirsuto peleador soltó un gruñido de angustia y se desplomó de bruces tan bruscamente como una marioneta a la que se le hubiesen cortado los hilos.

Voluble como siempre, el gentío vociferó su admiración.

Aunque un poco tambaleante, el vencedor miró a su alrededor con calma relativa, se quitó de la frente un mechón de cabellos negros y, metiendo la mano en el bolsillo trase-ro de su pantalón, sacó de él un frasco chato del que bebió un buen sorbo.

—Queremos que nos enseñe esas trompadas... —insinuó uno de los espectadores.

—Otro día, muchachos —replicó el forastero—. Ahora no estoy para hacer más ejercicio...

Como algunos comenzaron a alejarse del lugar, los ojos brillantes del forastero buscaron y encontraron a Genoveva Benet. La sonrisa con que subrayó su mirada no parecía tener ninguna significación especial, pero el tono de su voz era alegre al preguntar:

—¿Qué le pareció nuestra pequeña guerra privada, señorita?

Las mejillas un poco tostadas por el sol se colorearon.

—Gracias —dijo la muchacha, exhalando un profundo suspiro—. Ferguson ha encontrado la horma de su zapato... Se merecía la lección que usted le dio... Espero, sin embargo, que no lo haya matado...

El hombre del uniforme gris fijó en los grandes ojos azorados de Genoveva una mirada insistente y luego, sin consideración alguna, empujó la cabeza del ostrero caído con la punta de su bota.

—¿A este «chinchero»? ¡Qué esperanza! Es de los que nacen para morir en la horca... Apuesto doble contra sencillo a que estará de pie dentro de diez minutos a lo sumo... Pero, eso sí —añadió—, las ganas de pelear se le habrán pasado por un rato largo... Como se les han pasado a todos, por lo visto...

Y, dichas estas palabras, el hombre que había bajado a tierra del petrolero llegado por la mañana, volvió deliberadamente la espalda al grupo de ostreros y pescadores y a la muchacha, y se encaminó con paso altivo en dirección al pueblo.

CAPÍTULO II

Un rato más tarde, el excoronel Donald Colby, último edecán del general Gonzalo Gutiérrez, frunció la nariz al entrar en la taberna de Etta Pike, saturada de humo de tabaco y de todos los olores que exhalaba Patuxtown durante la marea baja.

En el silencio provocado por su llegada, Colby dijo, dirigiéndose a todos los parroquianos de la taberna, en general:

—¡Buenas noches...! ¿Sabe alguno de ustedes de algún trabajo para un hombre fuerte?

Un ostrero de aspecto huraño, que estaba sentado ante una mesa próxima, se interrumpió en mitad del gesto de llevarse a la boca el cuchillo cargado de porotos guisados, y guiñó el ojo a un grupo que rodeaba otra mesa, del lado opuesto del salón.

—¿Trabajo? —replicó—. Cualquiera puede tener trabajo si lo pide en la Compañía de Navegación... ¿Por qué no averigua en Punta Paciencia?

—¡Cállese la boca, Dan! —gruñó la propietaria de la taberna—. El señor es forastero y tiene el derecho de preguntar...

Donald Colby tomó asiento frente a una mesa desocupada, pidió una taza de café caliente y sonrió a la taberna.

—Muy bien dicho, señora —observó—. Me gusta que alguien hable aquí del derecho... No parece ser un artículo muy en boga por estos lares, ¿eh?

Etta Pike miró al corpulento forastero con una pizca de desconfianza.

—Aquí somos como somos y nada más... —replicó—. Todo lo que yo he dicho es que...

Y su explicación se perdió en un murmullo confuso mientras iba en busca del café pedido por el nuevo cliente.

Donald Colby se encaró con el hombre a quien la taberna había llamado Dan:

—Ya oyó usted lo que dijo la señora... No creo que haya nada malo en preguntar... ¿Qué es ese trabajo de Punta Paciencia?

El tosco marino que había respondido con tan poca cordialidad pareció cambiar de idea:

—Sí, sin duda Etta tiene razón... Usted es extranjero —eso se ve a la legua— y hay que tratarlo con guante blanco.

—Bien entonces —replicó Donald Colby—. ¿En qué consiste ese trabajo...? Necesito ganarme la vida...

—Pues... la Compañía de Navegación anda buscando un sereno en Punta Paciencia... Allí están anclados algunos buques viejos...

—¿Sereno? ¿Y qué hay de raro en eso para andar con tanto misterio? —preguntó Colby a través de una nube de humo que ascendía del hornillo de su pipa.

Los parroquianos se miraron cuando el que había hablado primero prosiguió, sin levantar la vista de su plato.

—La verdad... no creo que haya motivo para asustarse... Nada serio, en realidad... Aunque... en fin... han ocurrido algunas cosas en esos viejos barcos alemanes...

—¿Por qué no dice «crímenes» de una buena vez, Dan? —preguntó con voz ronca otro de los parroquianos—. ¿Acaso se ha vuelto a saber algo de ninguno de los tres...?

—¿Crímenes? —repitió Colby, cuyas facciones se contrajeron ligeramente—. ¿En los buques alemanes?

—Sí. Tres de los serenatos contratados por el viejo capitán Benet desaparecieron sin dejar rastros. La señora Burgess

estuvo a punto de volverse loca cuando su hijo Tom desapareció del «Wilhelm» hace una semana...

—¿Sin dejar rastros, dice usted? —preguntó Colby.

—Completamente. Y lo mismo hay que decir de Hank Lewis y de Fred Colquitt... No se ha sabido nada de ellos, a pesar de que consta que estaban armados y prevenidos. Una buena noche fueron a hacerse cargo de sus puestos... y... ¡puf!... ya no fueron vueltos a ver en ninguna parte. Sin ruido, sin lucha... pero no hay duda de que algo les ocurrió.

Los parroquianos de la taberna dejaron de comer, y Colby percibió claramente una extraña tensión... muy semejante a la que había experimentado aquella vez en Bolivia, cuando había comparecido ante la corte marcial, acusado de espionaje.

—Algunos aseguran que en esos buques hay fantasmas —insinuó un muchacho.

Colby rio.

—Si es así, hay que reconocer que los fantasmas de Maryland son muy poderosos... —dijo.

—Lo que puedo decirle, señor —insistió el muchacho—, es que la señora Claburne, dueña de la plantación, jura haber visto unas luces azules muy raras que asomaban por los ojos de buey del «Cecelie» la noche en que Tom Burgess desapareció...

—¿Luces azules?

La sonrisa se disipó de los labios de Colby, que miró fijamente al muchacho.

—Sí, señor. Y en más de una ocasión la señora Claburne...

El marino llamado Dan interrumpió bruscamente el proceso de enfriar su café en el platillo.

—¡No digas estupideces, Willie!... Posiblemente Tom estaba harto del pueblo y decidió marcharse... No sería el primero que lo hace, por otra parte... O a lo mejor lo lleva-

ron en uno de los muchos pesqueros que andan escasos de personal...

—¿Llevarse cómo? ¿A la fuerza? —preguntó otro.

—Naturalmente. Tampoco sería la primera vez...

—¡Estás loco, Dan...! Prefiero creer en los fantasmas que en eso...

—Bueno, amigo... —continuó Dan—. Ya puede usted irse dando cuenta de qué se trata... Aparte de eso, un sueldo de cuarenta dólares por mes... Y el puesto está a disposición del que lo quiera desde que Tom Ferguson lo dejó... o fue despedido —concluyó significativamente.

Colby enarcó las cejas.

—¡Ah! ¿Tom Ferguson estuvo en esos barcos...? ¿Por qué fue despedido...?

—Tendrá usted mucho derecho a preguntar, amigo, según Etta... pero lo cierto es que pregunta demasiado...

—No se preocupe, no preguntaré más. Me voy a Baltimore esta noche —dijo Colby, dejando sobre la mesa medio dólar—. Gracias por la información; pero cuarenta dólares por mes no me interesan... ni siquiera ante la perspectiva de trabar conocimiento con un fantasma.